

# «El derecho de asilo»: o ¿la búsqueda del Edén perdido?<sup>1</sup>

*Wilfredo Acevedo Mojica*<sup>2</sup>

Ministerio de Educación Pública, Costa Rica

---

## **Resumen**

El relato «El derecho de asilo», de Alejo Carpentier, emplea como motivo de estructuración compositiva el exilio y el problema del tiempo como «dislocación»; factores que, de manera consecutiva, transforman la cotidianidad de un personaje y lo conducen a una metamorfosis identitaria en un espacio en el que el carácter escénico configuran un mundo narrativo cambiante y sombrío. Se estudia el recorrido realizado por un exiliado, víctima de un desarraigo espacial, que lo sustrae de su espacio «edénico», y lo enfrenta a variadas vicisitudes que, a manera de purgación, lo harán recobrar la identidad perdida, es decir, su plenitud personal.

## **Abstract**

The story “El derecho de asilo,” by Alejo Charpentier, uses exile as a structural device for its composition and time as a “dislocation.” These elements will eventually change a character’s everyday life within a setting where there is a metamorphosis of the character’s own identity formed by a changing and shady narrative world. An analysis is provided of the journey in this exile which takes him away from his “paradise” and causes him to face difficult events which, in turn, cause him to recover his own lost identity, that is to say, his self-plenitude.

**Palabras clave:** narrativa hispanoamericana, narrativa política, narrativa del exilio, temporalidad narrativa

**Keywords:** Latin American narrative, political narrative, narrative in exile, time in narrative

<sup>1</sup> Recibido: 18 de febrero de 2010; aceptado: 27 de julio de 2010.

<sup>2</sup> Correo electrónico: wilbalzac@hotmail.com

«El derecho de asilo»<sup>3</sup> es un relato que, al modo de la novela histórica latinoamericana, critica algunas estructuras sociales mediante ciertos recursos paródicos que van develando y cuestionando vicisitudes sociopolíticas de América Latina que anhelan hacer justicia a la «verdad histórica». La reelaboración del modelo es alterado para provocar el discurso cuestionador de los sucesos desarrollados. Asimismo, el relato muestra ciertos elementos que aluden a rasgos de la identidad de la región: sublevaciones, golpes de estado, cinismo dictatorial, atropellos ciudadanos, políticas de alienación, intromisiones de países poderosos, entre otros males particulares. Se exhibe la violencia y la tiranía como realidades endémicas en países y caudillos latinoamericanos.

En «El derecho de asilo» se recrean las vicisitudes de cualquier país latinoamericano, aunque la voz narrativa evite aludir a un espacio histórico referencial preciso, con el fin de llevar a cabo un análisis más independiente y quizás globalizador. El presente estudio prefiere asentarlos, al analizar ciertas marcas textuales, en un espacio centroamericano que rememora conflictos territoriales entre Honduras y Nicaragua<sup>4</sup>. Esto se apoya en información dada por el narrador, quien sostiene que el país fronterizo, espacio que se menciona en el relato, había sido «descubierto por Colón en su cuarto viaje<sup>5</sup>» (186).

Con su obra, Carpentier no se limitó a presentar un mundo imaginario con alto grado de verosimilitud para entretener a sus

<sup>3</sup> Alejo Carpentier, «El derecho de asilo», *Guerra del tiempo y otros cuentos* (1976), (Barcelona: Alfaguara, 1994) 169-202. De ahora en adelante a la par de las citas solo se indicarán las páginas, pues todas pertenecen a la misma edición.

<sup>4</sup> Este conflicto de fronteras posiblemente recreado llegó a su culminación en 1905. En esta oportunidad el gobierno nicaragüense le pidió a Rubén Darío, entonces cónsul en París, que se uniese a la comisión en que iba a representar a Nicaragua en un litigio de fronteras con su vecino Honduras. A Rubén lo acompañarían don Crisanto Medina jefe de la delegación y J. M. Vargas Vila, cónsul de Nicaragua en Madrid. El árbitro del litigio fue el rey Alfonso XII. El abogado de Nicaragua era el español Antonio Maura y que al final este último país perdió la querrela; ver Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1980) 524-525.

<sup>5</sup> En su cuarto viaje Cristóbal Colón recorrió las costas de Centroamérica ocupadas hoy por los países que van desde Honduras hasta Panamá; ver Francisco Montero Barrantes, *Elementos de historia de Costa Rica* (Tomo 1) (San José: EUNED, 2003).

lectores. La meta, según la tendencia de su prosa, es exponer una tesis que se articule mediante el «desmañamiento» de sucesos históricos que han trascendido un único espacio y han azotado a los pueblos latinoamericanos. En este relato confluyen una serie de acontecimientos y personajes que, sin un referente histórico preciso, se recrean tras un telón histórico de fondo en el que el argumento central del relato se ha nutrido de un contexto respectivo que, de manera desdoblada, se percibe en algunos tramos de la historia y geografía latinoamericanas.

El cuento muestra los conflictos de un país y de su personaje principal: el Secretario de la Presidencia y Consejo de Ministros. El general Mabillán se levantó en armas contra el gobierno constitucional; encarceló a todo el gabinete, pero el Secretario logró escapar y pidió asilo político en la embajada del vecino país, con el cual existía una querrela de fronteras. Mientras se procesa la petición, el Secretario permanece en la embajada, y producto del aislamiento, se sume en una abrumadora atemporalidad de la que solo la compañía de la embajadora y ciertas obligaciones que, de manera progresiva fue asumiendo, y las cuales lo sacarían de una especie de congelamiento temporal. Luego de un periodo de inactividad, producto del encierro, y con el incentivo de la atención de la esposa del embajador, comienza a aprehender el tiempo y desempeñarse activamente en los quehaceres de la embajada. Cuando asume casi todo el trabajo del embajador y sus ánimos se van reponiendo, decide tramitar la nacionalidad en el país fronterizo<sup>6</sup>. Pronto surge una relación amorosa entre embajadora y asilado; más tarde planean la forma de deshacerse del embajador, lo cual no es necesario ya que éste fue llamado por su Cancillería a rendir cuentas, viaje del cual ya no regresaría pues análogamente había sido nombrado agente consular en Gotemburgo. Paralelo a esto, el cónsul del país fronterizo le anuncia al Secretario

<sup>6</sup> El país de origen del Secretario es referido como «este país», y el país contra el que se tiene la querrela de fronteras, y a la que pertenece la embajada que da asilo al Secretario, «el país fronterizo» (198).

que ha obtenido no solo la nacionalidad solicitada, sino el puesto del embajador ausente, con la embajadora como secretaria. Más tarde y luego del aviso respectivo, el *placet* fue otorgado y el asilado salió a presentar sus credenciales de nuevo embajador ante el gobierno golpista de su ahora «ex país».

En otro plano, uno de los elementos que, por su significado, aunque no así por su estudio, sobresale en el análisis literario de la región ha sido el espacio: la tierra, el terruño, la patria, y el hogar (como sinónimos de Edén) se han configurado como ámbitos en donde el individuo «es verdaderamente», y deja de ser si es expulsado de dicho espacio. Si el terruño es cuna, amparo y estabilidad, el afuera (exilio o destierro) hace del individuo un ser desequilibrado y desprotegido.

Rubén Darío focalizaba esta estrecha relación entre espacio e individuo, cuando aun enmarcado en un mundo cosmopolita sostenía que «si pequeña es la Patria, uno grande la sueña»; y /«León es hoy a mí como Roma o París»<sup>7</sup>. José Martí, en la misma línea al valorar lo propio y autóctono, y en férrea oposición a la sumisión ante lo extranjero, afirmaba que «el vino de plátano; y si sale agrio es nuestro vino»<sup>8</sup>. Estos dos grandes americanistas, de forma particular, lograron exponer la estrecha relación entre espacio e individuo y el inevitable nexa que éste comienza a trazar con el terruño y lo propio desde las primeras edades, el cual generalmente se mantiene hasta el final de sus días. No es de extrañar, por lo tanto, que muchos de los personajes de Carpentier se desenvuelvan dentro de espacios a los que arriban (quizás contra su voluntad) o de los que no se quieren ir y que se ven obligados a abandonar.

No son pocos los escritores latinoamericanos que han escrito desde el exilio, y han repetido en sus obras, al igual que otros

7 —Estos dos versos pertenecen al poema *Retorno*, que fue escrito en 1907 en la Isla del Cardón, cuando el poeta vacacionaba mientras el gobierno le expedía el nombramiento como cónsul ante las Cortes de España. Véase: Rubén Darío, *El viaje a Nicaragua e intermezzo tropical* (Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987) 178.

8 — José Martí, *Cuba, Nuestra América, Estados Unidos* (México: Siglo XXI Editores, 1973) 117.

muchos escritores, dos elementos configuradores de la literatura latinoamericana repetidos en demasía: el despotismo político y el desarraigo. El hecho de ya no pertenecer a un espacio y tiempo que la vida originalmente le ha dado al individuo, genera una reacción de lucha interna y externa. El relato en estudio, al recrear sucesos de esta índole, se propondría como testigo de la búsqueda del Edén perdido, del regreso a lo placentero y evocador de lo que ya se fue. En este sentido y desde la visión del cristianismo occidental, se puede afirmar que el ser humano es un exiliado por naturaleza, pues se le ha vedado, sin culpa alguna, el paraíso terrenal al que podrá ingresar solamente por el esfuerzo, la negación de los deseos carnales y el crecimiento espiritual.

Al igual que González Echeverría, y según algunas propuestas del psicoanálisis, se parte de que todo individuo es un exiliado de la madre, ámbito placentero del cual el sujeto es expulsado por la sociedad y al que desea, una y otra vez, regresar de alguna forma. (¿Explicaría esto las constantes acciones y anhelos de los hombres por alojarse en los brazos de una mujer que no es su madre?<sup>9</sup>). En el relato nuestro exiliado encontró este espacio placentero en la embajada, en la relación afectuosa que entabló con la esposa del embajador: «Sin embargo, tú amas a la embajadora [...] Sus brazos blancos, hondos, te son necesarios. Hallas en ella, dentro de tu infortunio, la ternura de la madre, la solicitud del aya, el calor de la amante» (196).

El protagonista, el Secretario de la Presidencia y Consejo de Ministros, es víctima de un «desplazamiento»: estaba en un ámbito agradable y placentero cuando le sobreviene la trágica pérdida de su puesto gubernamental, producto de un golpe militar. Al igual que Adán ha sido expulsado de su Edén; se desespera inmediatamente por el panorama que vislumbra, tiene miedo de su integridad física, y decide asilarse en la embajada del país vecino, y se encierra a vivir,

9 Véase: Roberto González Echeverría, «Literatura y exilio: Carpentier y “El derecho de asilo”», *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura* (2002), recuperado setiembre del 2009, <[www.Lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/gonzálezcheverría.html](http://www.Lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/gonzálezcheverría.html)>.

no solo dentro de la embajada, sino dentro de sí, enajenándose casi totalmente de la realidad exterior.

Carpentier recrea con cierta ironía, el papel y andanzas de los dictadores latinoamericanos personalizados por el general Mabillán. Podría decirse que «El derecho de asilo» calzaría como un apéndice de una novela de dictadura, pero en la que el dictador no aparece desarrollando crudamente su despotismo y tiranía. Más bien éste a ratos se nota torpe e inseguro y algunos de sus planes no se cumplen como él lo desea. Aquí la figura del dictador aparece desdibujada, caricaturesca, y más bien reveladora de técnicas despóticas de un inexperto. Ejemplo de esta ineptitud fue el infructuoso simulacro de defensa antiaérea dirigido por él y previsto para un día espléndido, según los expertos, pero que de pronto es invadido por neblina y nubes grises; situación que hace se confundan las maniobras de defensa (aéreas y antiaéreas) y la situación culmine con víctimas civiles. Ante esto, el dictador ordena encarcelar al meteorólogo y prevé la censura de los periódicos que se atrevieran a informar sobre la situación.

Esto revela una intención paródica pues el dictador es «desnudado» y puesto a caminar en un «mundo al revés» al imitar, no sin antes trastornar, el modelo referencial recreado. Esta propuesta no es gratuita pues recoge un propósito, característico en Carpentier: dar un tratamiento descarnado y crítico a aquellas situaciones y personajes latinoamericanos que han trascendido, generalmente de forma funesta, en algunos países de nuestra geografía.

Por otra parte, en la obra de Carpentier se muestra el desasosiego temporal del que son víctimas los personajes. Ellos siempre están movilizándose hacia algún espacio, aunque no necesariamente al que desean. Tal es el drama que le ha tocado vivir al hombre en este reino latinoamericano, ese enfrentamiento que lo ubica ante un futuro tormentoso y desconcertante; esto invita al individuo a replantear su conciencia dentro del engranaje socio-histórico en el que se desempeña y, a partir de este proceso, intentar realizarse a sí mismo como persona y como ser social.

Al ingresar a la embajada el protagonista pierde su razón de existir; su inseguridad y ausencia de conciencia le ayudan a eternizar el tiempo; es la única manera mediante la cual puede enfrentar el quebranto de su identidad como consecuencia de haber perdido su puesto gubernamental y de haber sido «expulsado» de su propio país. Siendo así, se vislumbra que para el asilado el tiempo viene a ser una realidad subjetiva, pues es su inestabilidad emocional el pilar que lo rige en la embajada durante la primera parte de su estancia.

En tal situación, el protagonista se inserta en una especie de negación del tiempo real; su interioridad le dicta que, gracias a su nueva situación, el reloj se ha detenido en un eterno presente y esto lo lleva a confesar que «aquello, con los días y los días de encierro, acaba por hacerme perder la noción de las fechas» (181); esta situación lo estimula a sumergirse en un exilio interior y otro exterior. El tiempo se fragmenta en dos planos: un tiempo interno y otro externo; del tiempo real surge una ramificación temporal que será el tiempo interior en el que el protagonista se sumerge. Asimismo, las vivencias dramáticas del protagonista lo ayudan a construirse (para escudarse) un tiempo estático, un tiempo que lo auxilia a vivir la transición entre la expulsión y la admisión a la deseada y placentera cotidianidad, aunque esta fuera nueva.

Para el asilado el tiempo se manifiesta en forma de «no ser», de «no pasar», y al no ubicarlo en ninguna parte, éste se le eterniza. La materialidad del tiempo concretiza al ser humano, porque está sumergido en este ámbito, en el que en verdad somos a pesar de los conflictos interiores en el que nos desenvolvemos. El personaje, al salirse, al sustraerse del tiempo real —que sigue su camino—, en algún grado, deja de ser y solo volverá a insertarse en la existencia hasta que se incorpora nuevamente en el tiempo cronológico; cuando abandona el tiempo humano y adquiere un nuevo rol social del que había sido despojado a causa del golpe militar.

La eternidad provoca en el asilado una especie de desesperación al sentirse inmóvil e inoperante ante el avanzar del mundo

exterior (afuera todo sigue su marcha). Emprende entonces un camino agonizante que depende en alto grado solo de su ser, sumergido y con capacidad «de ser» solo en su interior. Por ello, en el cuento los días de la semana se ordenan de forma arbitraria y confusa, pero esto se deduce por la desconexión que el personaje padece del tiempo exterior pues éste, dentro de la embajada, vive hastiado de su inactividad, «en un tiempo sin tiempo, donde era lo mismo que fuese viernes que lunes, jueves o martes» (189).

Para el asilado el trabajo es su carta de identidad. No lo atormenta tanto permanecer asilado en la embajada del vecino país, sino haber sido desgarrado de su hábitat. Por eso y luego de un tiempo en la embajada «el Asilado, hastiado de su inactividad [...] se había echado encima todo el trabajo de la embajada» (189-190). Es decir, por medio de las acciones que decide ir asumiendo, comienza el camino para adquirir identidad e insertarse en el verdadero tiempo dado a los hombres. Se observa que el trabajo y las responsabilidades (es decir, la identidad) son configuradores del tiempo para el personaje; sin ellos no hay días.

El tinte barroco que la anterior situación muestra es llamativo desde el inicio; se está ante un personaje estático que no logra desferrarse del pasado, que lo sume en una angustia en la cual toda su configuración humana es aquejada en sus pilares más profundos ante lo nebuloso que percibe el futuro. Esta situación impide al personaje realizarse como tal, lo hace divagar en un limbo en donde todo huele a derrota, el destino solo pareciera insinuarle un mañana poco alentador; la salvación temporal del individuo es percibida por el personaje como una promesa que se diluye cada vez más.

Durante su estadía en la embajada, al personaje le sobrevienen algunos amagos o expectativas de felicidad, comprensión, amor, entre otros; se presentan y despiertan en él un sentimiento de ansiedad y provocación. Van a confluír dos tipos de sentimientos: la angustia, que le viene del hecho de sentirse sin identidad; y la felicidad, producto de su naciente relación sentimental con la embajadora. No



obstante, él no saldría de su recogimiento y su soledad interior, hasta lograr obtener una identidad que sustituyera la perdida con la expulsión; y para conseguirla, sus mejores aliados son la embajadora, el trabajo y las responsabilidades asumidas.

La embajadora es una etapa que marcará su camino hacia sí mismo y hacia el Edén perdido, simboliza un espacio, marca una de las etapas de su viaje, de su camino —circular e interior— hacia su propio encuentro, una etapa conquistada que lo ubicó nuevamente en la sucesividad temporal, que lo devolvió a la normalidad del tiempo cronológico de los demás.

Mediante la voz narrativa asistimos a una transformación personal angustiada, este elemento ayuda a percibir la sucesión de la historia «borrosa», lenta y acongojante. Esto aunado a la ilogicidad con que están nombrados y ordenados los capítulos, hacen de este relato, un texto en el que la «arbitrariedad narrativa» no es solo un *truco estilístico*, sino un elemento barroco que subyace en la obra de Carpentier.

Del suplicio padecido por el personaje, el plano interior es el más desgarrado y mancillado. Este es el punto que sostendrá todo el desequilibrio sufrido a través del relato. Aquí una vez más el paradigma barroco se exhibe gracias al proceso de transformación angustiante y cíclica (pérdida de su cargo e identidad y su posterior adquisición de otros) durante el periplo que realizó luego del golpe de estado.

En «El derecho de asilo», la descronologización —es decir, la ruptura o detracción del tiempo— es un procedimiento de estructuración narrativa que sustrae a un personaje de un ámbito de confort para insertarlo en un ámbito de intemporalidad para ubicar el quehacer del protagonista en este espacio, y ver cómo éste busca su reivindicación, cómo recobra un campo activo en la historia, un nuevo Paraíso que sustituya el perdido.

El exilio es el instrumento que modifica no solo el plano espacial del Secretario, sino el temporal. Solo el amor, el trabajo, su nueva nacionalidad y puesto, logra su reinsertión en el tiempo perdido; una vez alcanzado, el personaje expresa que, «al día siguiente, me

costó trabajo pensar que se vivía en miércoles y que miércoles tenía sus obligaciones. Pero desde el jueves volvieron los días, con sus nombres, a encajarse dentro del tiempo dado a los hombres» (202).

En el relato estudiado, y en la obra de Carpentier, lo circular o cíclico es una figura recurrente. El mismo exilio es un elemento que vehiculiza lo circular (la marcha y el posible retorno). El Secretario emprende un viaje del cual regresa transformado; la embajada le sirvió de espacio de mutación (purgación) y lo preparó para asumir su nueva investidura. En esta narración se presencia un tiempo circular, pero este es interior, pues a este nivel se lleva a cabo un «ir-ausentarse-volver» al tiempo verdadero, al «tiempo dado a los hombres».

Asociada a la organización cíclica del texto, se destaca la figura del Pato Donald<sup>10</sup> quien, desde su zócalo en la tienda, cada vez que era sustituido, evocaba la repetición de un viaje de ida y vuelta, de un viaje que supone alcanzar una especie de libertad, un crecimiento. Esta suposición se traslada y concreta en el personaje solo al final cuando éste asume un rol activo; antes de esto solo se perpetuaba la perennidad de las acciones igual al «trecito eléctrico que, día y noche, proseguía su inacabable viaje sobre tres metros de rieles» (182).

El acto de ver el exterior desde la embajada genera en el protagonista el deseo de regresar a ese exterior pero no sin antes labrarse una identidad redefinida pues, según la situación sociopolítica, ya no era posible recobrar la perdida. Así, el obstáculo que le vedaba el paso (en alto grado) a ese exterior, no era tal y solamente tenía el temor a ser apresado. También sentía la imposibilidad de ser él mismo en toda su composición, pues con la autoexpulsión (obligada) había perdido su investidura de ciudadano libre, parte del engranaje de un grupo social. En esta situación la embajada se convirtió, en un inicio, en una especie de limbo, no podía desempeñarse como

<sup>10</sup> Esta figura ubicada en una tienda «norteamericana» vecina a la embajada, era una de las pocas a la que el asilado tenía acceso visual desde la embajada. La estaticidad del pato le generaba al personaje, aunque aquel fuera vendido y sustituido por otro, una sensación de eternidad e intemporalidad similar a la que él sentía en la embajada (82).

ciudadano ni de su país de origen ni del país vecino. Su nueva condición le impedía desempeñarse como individuo con plena libertad, responsabilidades y derechos. Más tarde, el asilado logró mantener vivas sus esperanzas «existiendo» —en su interior y dentro de la embajada—, trabajando mucho, en conquista de una nueva existencia. Y el resultado de sus labores fue configurando poco a poco una vida cotidiana donde solo hacía falta un ingrediente: la aprehensión del tiempo físico que le traería la reconquista de una identidad.

Tal situación manifiesta otra ramificación barroca, pues el mencionado progreso del Secretario viene a ser el reflejo de la complicación del existir humano. El personaje emprende un camino de cambios: abandona lo estático (guiado por las circunstancias) y emprende el viaje en busca de la arcadia perdida, en busca de sí mismo, del yo perdido o mutilado. En ese camino, el personaje no deja de sufrir metamorfosis. La situación apremiante se convirtió para él en un tiempo laberíntico que lo postró en un desasosiego, en una tensión psicológica; fue esta intemporalidad la que lo arrastró a una circularidad interior, elemento privilegiado por el barroco y rescatado por la voz narrativa del relato.

En su transitar, el asilado no podrá volver a su estado anterior (recobrar su identidad perdida), recorriendo el mismo camino por el que llegó a la embajada; es decir, desandando lo que había andado. La recuperación la obtendrá gracias a una transformación casi total: saldrá de la embajada con una nacionalidad distinta; adquirirá un nuevo cargo: será embajador de su nuevo país, en su antiguo país; y no estará solo, tendrá como «compañera» a la embajadora, su nueva secretaria. Se reproduce, en algún grado, la condición de la tradición religiosa que demanda del sujeto una transformación depuradora realizada, desde luego, en medio de la turbulencia de una existencia marcada por las dificultades y limitaciones, para lograr el pase a un lugar mejor y reivindicativo; el pasaje bíblico de las bienaventuranzas estaría enmarcando este transitar homologado en la historia estudiada.

La relación del tiempo y el espacio en este relato es particular; ambos planos se amalgaman y confabulan de tal forma, que ayudan a esculpir un proceso transfigurador del personaje principal. El tiempo y el espacio como elementos que se han fragmentado, se convierten en dispositivos, posterior al destierro del personaje, para que éste se reivindique a nivel social e individual. Ambos sirven de soporte, en última instancia, para que luego del camino tortuoso andado, el protagonista recobre sus aspiraciones más anheladas. Según Carlos Santander, «en la concepción de Carpentier cada ser humano es un ser que posee un *yo* presente y un *yo* a que se aspira, que se mueve entre la felicidad que ansía y la paupérrima porción de dicha que le ha sido otorgada»<sup>11</sup>.

Otro factor significativo es la presencia del tema del teatro, aspecto muy evidenciado y desarrollado en la literatura española. Al estilo del antihéroe Barroco, el personaje sufre una especie de metamorfosis requerida para conquistar su nuevo paraíso; asume acciones, sentimientos, responsabilidades, actitudes ante su nueva realidad que, a manera de disfraces, le permiten insertarse en la cotidianidad y desempeñarse cabalmente.

En «El derecho de asilo», lo escénico aparece de manera concreta pues emerge de la mano del tiempo, transmite la forma en que el tiempo ha incidido en el personaje y cómo este se desarrolló, según sus circunstancias, en un determinado contexto físico. El protagonista cambia de espacios, se desplaza y se pierde; luego se encuentra y es cuando puede salir, ya preparado al espacio exterior, con su nueva investidura. Su papel ha cambiado dentro del «gran teatro del mundo». En este ámbito, se pueden cohesionar la trilogía tiempo, espacio y teatro como elementos configuradores de un mundo narrativo que ancla sus raíces en un ámbito cambiante y sombrío, que atribula al personaje al punto de replegarlo, en un momento dado, a un lugar y tiempo inamovibles.

<sup>11</sup> Carlos Santander, «Tiempo y espacio en la obra de Carpentier», *Recopilación de textos sobre Alejo Carpentier* (La Habana: Casa de las Américas, 1977) 196.

El relato muestra dos planos espaciales: uno abierto y otro cerrado. Ahí, los espacios cerrados son propicios para las «anormalidades», para generar subjetividades; por ejemplo, cuando el protagonista entra a la embajada pierde la noción del tiempo, se sume en un letargo producto de su encierro, de su incapacidad de desempeñarse como desea; su condición de extranjero y falta de motivación se lo impedían:

Sollozas. Te hace bien. Luego para calmarte más, la embajadora te recuesta a su lado. Cierras los ojos sobre su carne y es de noche. ¿De qué día? No lo sabes. ¿La fecha? La ignoras. ¿El mes? No te importa. ¿El año? El único visible aquí es el de la Ferretería Quincalla (196).

El personaje se ha insertado en un hábitat íntimo al cual no pertenece, por eso debe ajustarse, al inicio, a ser espectador, no actor. En este contexto el espacio externo es productor de actividades, genera logros; el interno, por su parte, vacíos y angustias. Al inicio del exilio él es un espectador tanto del espacio interno como del externo. Él observa cómo se suceden las cosas, cómo evolucionan las circunstancias políticas de su país (afuera), y por supuesto, las de la embajada (adentro). En este aspecto espacio-temporal el lugar cerrado coincide con el tiempo irreal-subjetivo y el abierto, con el tiempo real-objetivo.

Los días de encierro le hacen perder al personaje la noción de las fechas, el asilado no leía ni siquiera los periódicos, el único contacto que tenía con el exterior era por medio de su mirada (teatro). Así con un sujeto espectador del mundo exterior, todo afuera era actividad y avance, solo algo era la excepción: el inamovible Pato Donald. El pato (doble del personaje), está encerrado en su vitrina de la tienda y también está aislado del tiempo exterior, es decir, inserto también en un eterno presente similar al del personaje.

Entre el Pato Donald y el asilado se puede trazar un claro paralelismo, pues ambos son espectadores de un mundo exterior inaprensible, y a la vez están ubicados en un espacio reducido, es decir,

se desenvuelven en un micro espacio, en donde las acciones trascendentes las realizan personas ajenas a ellos. Su existencia en el exterior les está vedada, deben pasar un proceso para salir y funcionar en el exterior: el pato debe ser comprado y el personaje debe adquirir identidad y las consecutivas obligaciones.

Sobre este «tiempo sin tiempo» del asilado es necesario reparar en que él pierde su trabajo (dignidad y conciencia, esto es, identidad) el día lunes. A partir de ahí los días en la embajada se le vuelven imperceptibles e indistinguibles (sin nombres) pues él estaba al margen del tiempo<sup>12</sup>. En esta situación el Pato Donald le parecía intemporal, siempre él mismo reproduciendo el estancamiento del tiempo. Sin embargo, un día antes (se deduce que es lunes) que el protagonista adquiriera, gracias a su tesón en la embajada, su nueva nacionalidad y su nuevo trabajo, se presenta un dato premonitorio, el pato Donald es derribado de su zócalo producto de una balacera:

Te acercas a la ventana. Ha terminado el tiroteo. Se han llevado a los heridos o muertos, tal vez [...] El cristal de la vitrina de la juguetería está resquebrajado por un balazo que derribó de su zócalo al Pato Donald, con un pequeño agujero negro en el cartón del pecho. Como era el Día de los Héroes, nadie había en la tienda que pudiese reponer la figura (197).

Esto significa un anuncio sobre la condición del asilado; la figura exterior de la intemporalidad había sido removida y, como si con este movimiento el mundo se pusiera en marcha de nuevo, los sucesos toman un giro notable. Al día siguiente es martes, y consecuentemente el título del capítulo siguiente avisa que el tiempo del

<sup>12</sup> Es llamativo que al inicio del relato los capítulos se nombren en orden secuencial: el primero se denomina domingo y el segundo, lunes. Es a partir de la auto expulsión que el orden de los capítulos, denominados con los nombres de la semana, se trastocan y se continúan exponiendo en el siguiente orden: «Otro lunes (cualquier lunes)», «Un lunes que puede ser viernes», «Viernes en lunes o jueves en martes próximo», «Cualquier día» y el último (cuando el personaje obtiene su nueva nacionalidad y puesto de embajador), «Hacia un martes», cuando los días retornan a su orden secuencial.

protagonista ha regresado a su normalidad, ha reiniciado; ahora es el momento de (re)encarrilarse en el tiempo que había abandonado:

Al día siguiente, el Cónsul vino a visitarme. «Ya es usted mi compatriota», dijo, abrazándome, y dándome los papeles de mi nueva nacionalidad. [...] «Durante estos años he informado a mi Cancillería acerca de sus trabajos [...] Están enterados de todo lo que usted hizo por nuestro país, que no era el suyo todavía. [...] Por ello (engolando la voz) va usted a ser nombrado embajador de mi país (199).

En efecto, por primera vez desde que había entrado en la embajada, el asilado tenía conciencia del día en que estaba: «¡martes 28 de junio!», un mes que le sonaba a playas, a grandes espacios; la razón era que ese día había obtenido su nueva nacionalidad y nombramiento como embajador del vecino país ante su ahora ex país (200). Entonces, aunque ese día el Pato Donald fue sustituido por otro, ya su figura no la relacionaba con la idea de eternidad; sus días ya empezaban a traerle deberes que debía asumir nuevamente. Al estilo del rapsoda Hesiodo quien, en *Los trabajos y los días*, se propone al trabajo y sus consecutivas obligaciones como un máximo valor del hombre hacia la ruta para alcanzar la realización personal o anhelada felicidad, de igual forma el personaje del relato se fue esculpiendo al rechazar toda forma de ociosidad (como factor que obstaculiza el crecimiento de toda persona) y buscó responsabilidades laborales que configurarían su identidad perdida.

Con respecto al plano espacial, se presenta en alto grado análogo al escénico-teatral. El texto propone un ámbito teatral, integra a los personajes, al secretario principalmente, en un engranaje escénico en el que las acciones lo van transformando. Asimismo, se explicitan una serie de actividades propias del actor teatral: repetición de gestos, el mirarse en el espejo, la repetición de muecas, representaciones, cambio de trajes, de roles, obligaciones, relaciones amorosas sobrepuestas, entre otros aspectos. Se observa, como ya se mencionó, al General Mabillán organizando y dirigiendo una puesta en escena, un simulacro

de defensa antiaérea, es decir, siendo «el escenógrafo máximo», el «Gran Intendente del Simulacro», quien estaba asignando, como un director teatral, las acciones y el papel que cada uno debía desarrollar. El narrador refuerza ello con un juicio de valor al informar que,

desde que el hombre nace su existencia se acompaña de un reptar, de un deslizarse, de un tránsito en las fundas de innumerables tejidos, paños, telas, que han de quedar unidos por siempre en la historia de su existencia [...] Desde que abre los ojos hasta que los cierra —y aún después de cerrarlos— no hace el hombre más que desempeñar el papel de paraguas que tuviese varias fundas: fundas a las que, por lo demás, se atribuyen virtudes definidoras de condición, inteligencia y estado social (174).

El traje es definidor de condición, para cada ocasión (representación) existe un «traje» correspondiente; siendo así, se percibe una clara concepción del variado comportamiento que el hombre está destinado a asumir: ser actor a través de toda su historia, desde que nace hasta que muere. El traje (la investidura), que se instituye luego de que el rol asumido influye en la personalidad y el comportamiento del individuo, viene a adecuar su papel en el escenario del mundo en el que le ha tocado desempeñarse.

Por otro lado, el cambio constante del muñeco del Pato Donald se asemeja al cambio constante de personajes que trabajan en una puesta en escena, ya que el Pato Donald era cambiado constantemente por otro; aunque siempre fuera él mismo, su esencia no cambiaba. Lo mismo ocurre al final con el personaje al salir de la embajada, este ha sufrido una transformación funcional aunque en el fondo siguiera siendo él mismo.

Otro rasgo significativo es que el Secretario nada hace que conduzca a su «expulsión» de su espacio (asilamiento), la causa está ajena a él (igual que el pato); esto se puede asociar a la estructura teatral, pues en ésta cada papel es asignado por un director, el actor solo tiene que asumirlo y actuar;. En el relato también el orden



escénico gobierna el mundo, es el que decide el papel y actuación que el protagonista debe llevar a cabo. En este ámbito se abandonan viejos papeles y se asumen nuevos: el Secretario ya no será secretario cuando salga de la embajada, sino embajador de su nuevo país ante su país original; el embajador al que sustituye ahora será cónsul de otro país; y su esposa ya no es esposa de éste, sino pareja del nuevo embajador; además, el gobernante de su ex país ya no será su Presidente constitucional, sino el golpista general Mabillán.

Tanto el país del Secretario como la embajada del país vecino son espacios que cumplen una función similar al del espacio escénico, pues el Secretario deja un espacio, su país, y se inserta en otro: la embajada. En este espacio se «cambia de traje» y sale ahora a su ex país a representar el papel de embajador de su nuevo país. Esta situación refuerza la concepción de que existe un reemplazo en el reparto de los roles y en el constante cambio de éstos.

En «El derecho de asilo», será de sumo valor no solo comentar el problema del tiempo y espacio, sino homologar éstos con los caracteres propios del teatro, pues al fin y al cabo, es en el ámbito teatral natural donde se han ubicado los debates sobre los problemas decisivos del hombre y su existencia. La adaptación de un singular modelo narrativo del relato basado en el exilio, activa un particular sentido de búsqueda: el protagonista surge del abismo en el que se había sumido totalmente y sale renovado al encuentro de su nueva identidad. El resultado de esta situación sería, a modo de moraleja, la idea de que la perfección humana y su autenticidad (realización) se fundamenta no sólo en el hecho de lograrla, sino ante todo en el proceso de buscarse constantemente; «porque la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse tareas<sup>13</sup>». Es en esta búsqueda que se encuentra el núcleo fundamental de una reflexión alrededor del tiempo, la identidad del hombre y su rol en el engranaje sociocultural.

<sup>13</sup> Alejo Carpentier, *El reino de este mundo* (Barcelona: Seix Barral, 1983) 143.